

— ¡Hola, dije para mí, Leandro se apresuró á ir por Goyeri así que vino!

— Ya suponíamos que las sentiriais.

— ¿Pero son ciertas?

— Desgraciadamente, sí.

— Lo que me admira es la frescura con que las habeis recibido.

— Pero, hija, ¡qué hemos de hacer sino conformarnos con la voluntad de Dios!

— Calla, calla, que da rabia el ver que teneis un rio de lágrimas para los males ajenos, y no teneis una siquiera para los vuestros. ¡Ahora recogeréis el fruto de vuestros despilfarros de lágrimas y de otras cosas más sólidas!

— Sí, Mari-Rosa, ya hemos empezado á recogerle.

— En forma de desengaños, ¿no es verdad?

— No, hija, en forma de compasion, de amistad, de cariño, de medios de recobrar lo que hemos perdido.

— Eso será algun sueño poético de Leandro. ¡Me dan rabia estos poetas, y perdone V., D. Antonio, que se dedican á embellecerlo todo!

— Señora, dije prevaliéndome de la alusion personal, gracias por ese elogio de los poetas, que le merecen, aunque no merezcan la intencion con que V. le ha hecho.

— Pues la intencion es merecida. En concepto de ustedes, todos los males de este mundo tienen el consuelo al canto.

— Ó en otros términos: el que no sé consuela es un tonto.

— Es verdad.

— Pues, señora, es verdad.

Mari-Rosa no comprendió este concepto, un poco alambicado, y mudó de conversacion.

Á mí me agradaba poco la de aquella buena señora, y me despedí de Gorostiza.

Al salir oí á Teresita lamentarse de que sus primos le habian manchado la preciosa caja de los perfumes parisienses.

— ¡Válgame Dios, me dije, hay gentes que indeliberadamente lo manchan y afean todo; pero, gracias á Dios, las hay tambien que aún indeliberadamente todo lo embellecen y purifican!

XXXVI.

LA FERRERÍA.

Era por el mes de Octubre de 1869. Hacía un año que la anarquía más espantosa reinaba en España, en lugar de reinar aquella augusta señora, en cuyo tiempo nuestra patria habia duplicado su poblacion, su deuda pública, que hoy se cotiza á once por ciento, habia llegado á cotizarse á más de cincuenta, y su importancia, que hoy figura entre la de las últimas naciones de Europa, habia llegado á figurar entre la de las primeras!

He dicho mal, la anarquía no reinaba en toda España: habia un rinconcillo, allá en los confines septentrionales, donde la paz que habia reinado durante treinta años, reinaba aún, á pesar de que en el resto de España

la perturbacion, el desvarío político, los sangrientos motines y hasta la guerra civil, en nombre del príncipe cuya bandera cubre hoy á España de ruinas y lágrimas y sangre, se sucedian sin intermision, sin que fuese á turbar la paz de aquel rinconcillo más que el sentimiento por lo que aquende el Ebro pasaba, y el temor de que se propagase á allí, como al fin no tardó en propagarse, merced á las arbitrariedades de unos y á las predicaciones de otros. Dos apóstoles políticos, ilustres ambos por su elocuencia y su buena intencion, ya que no por su talento, pues no le puede tener el que no preve el fruto que ha de dar la semilla que esparce, son los principales autores de esta desolacion en que la patria se ve. Uno de ellos ya ha dado cuenta á Dios, quizá arrepentido y pesaroso de su funesta obra, y el otro ha emprendido ya la triste pero noble via del arrepentimiento, aunque vacilando en ella entre su vanidad y su patriotismo. ¡Dios, que habrá tenido en cuenta el candor y la buena intencion de Aparisi, tenga tambien en cuenta el candor y la buena intencion de Castelar!

Volvia yo de las Encartaciones, donde habia permanecido algunos meses, y al acercarme á Ibarrodo, en cuyo nocedal veia alzarse negras columnas de humo, y oia ruido de máquinas y de saltos de agua y alegres cantares de trabajadores, no quise pasar adelante sin torcer un poco hácia el Cadagua, y recrearme un rato contemplando desde más cerca la animacion, la vida, la alegría que habian sucedido bajo aquellos nogales, á la inercia, la muerte y la tristeza que habian reinado durante muchos años en la pobre y antigua ferrería en que Leandro

puso sus ojos desde que yo se los hice separar de los falsos resplandores de la vida literaria española.

Ibarrodo era lo que significa su nombre, una pradera junto al rio. Poblábanla frondosos nogales, entreverados de cerezos y castaños, y ocupaba uno de sus extremos un grupo de edificios, que constituian la nueva ferrería, calificacion que se desdeña ahora en Vizcaya, pareciendo pobre, y se sustituye con la de *fábrica*, sin ver que este último nombre es más pobre, pues no indica como el antiguo el producto del artefacto. Detras de la ferrería, en el suave declive de una colina que dominaba toda la ribera y las pintorescas montañas, se alzaba una hermosa casa, que tenía á su espalda y costados un lindo huerto, con muchos frutales jóvenes y un poco de jardin. Esta casa era la antigua Olachea (ó casa de la ferrería), que habia sido restaurada, sin duda para que sirviese de vivienda y oficinas al director de la fábrica.

Ésta se hallaba á la sazón en plena actividad, que se extendia al nocedal, donde habia mucha carretería de la que se ocupaba en conducir vena y carbon.

Apénas asomé por el nocedal, un hombre tiznado de carbon y vena pronunció alegremente mi nombre y salió á mi encuentro, con una libreta de apuntes y un lápiz en la mano. Aquel hombre, mejor dicho, aquel caballero, era D. Juan de Gorostiza, que se creía muy honrado con el tizne rojo de la vena de hierro y el tizne negro del carbon vegetal, como se lo creian los antiguos caballeros solariegos de Vizcaya, que contestaban á las cartas de los reyes con la misma pluma con que apuntaban la

vena y el carbon y ajustaban las cuentas de los *ola-guizonac* ú operarios de la ferrería, en la que explotaban y administraban por sí propios, junto á su noble casa solariega (1).

Casi al mismo tiempo vi á Leandro, poco ménos tiznado que su padre, correr á mi encuentro, bajando de Olacchea, desde donde me habia visto cruzar la estradita que mediaba entre la carretera y el nócedal.

Siendo yo muchacho de doce á catorce años iba, en compañía de los vecinos, á llevar carbon y vena á las ferrierías, y recuerdo haber visto en ellas señoras y señoritas muy hermosas y bien educadas, entre otras las señoritas de Matienzo y Sorróndegui, de Trucios, ocupadas en recibir y pagar el mineral y el combustible. Era entonces para mí inexplicable, aunque no lo es ahora, la dulce impresion que me causaba el ver á una hermosa y elegante jóven, con sombrerito de paja fina adornado de cintas, y vestido de seda con mangas cortas, como entonces se usaban, tan tiznada de negro ó rojo como los porteadores de carbon ó vena, apuntando cargas de aquellas

(1) Por si hubiese quien crea esto hiperbólico, citaré casos concretos. Pero Ruiz de Muncharaz, cuya casa solariega existe aún en Abadiano, casó con una hija del rey de Navarra, y con ella vivió y murió en su solar, administrando personalmente la ferrería y los molinos contiguos á su casa. Las de Barroeta, Ugarte y otras, consideradas como cabezaleras de linaje, conservan, ó al ménos conservaban no há mucho, las cartas dirigidas á sus señores por los reyes, participándoles sucesos faustos ó infaustos ú ocasiones de guerra. Sin embargo, los dueños de aquellas casas creian honrarse con el tizne de la ferrería y los molinos. Tal es el espíritu democrático que entrañan las instituciones y costumbres vascogadas.

primeras materias de fabricacion, ajustando cuentas y haciendo pagos, y esforzándose por asimilar su lenguaje al sencillo y rudo de venateros, carboneros y operarios de la ferrería.

Al ver á D. Juan, y sobre todo á Leandro, acudió á mi memoria el recuerdo de las señoritas de Matienzo y Sorróndegui, y dirigí la vista hácia las carboneras y la *arragoa* (1), creyendo ver aparecer por allí á Rosita y aún á Mari-Santa tiznadas de negro y rojo como sus señores maridos, pues sospechaba que Leandro lo fuese ya de Rosita.

Es inútil encarecer la alegría y el cariño con que me recibieron padre é hijo, conociendo su natural bondad y la que me dispensaba toda la familia.

Los venateros y carboneros habian concluido la entrega y cobro, y se preparaban á sestear á la sombra de los nogales, miéntras sus yuntas de bueyes (pues ya ha desaparecido aquella numerosísima mulatería que en mi niñez conducía á lomo el carbon y la vena á las ferrierías) despachaban la racion de hierba seca ó de tallo de maíz, no léjos de ellos.

—Vámonos allá arriba, y allí hablaremos largo y tendido, pues no le dejamos á V. marchar hasta la tarde, en que se irá con papá, me dijo Leandro señalando hácia Olacchea.

Y en efecto, tomamos el cómodo camino encharra-

(1) *Arragoa* es una especie de horno, donde se refina con el fuego el mineral.

do (1), que dando suaves tornos ó rodeos, conducía á la hermosa casa de la ferrería.

XXXVII.

LOS ÁRBOLES.

Los árboles antiguos que amenizaban la colina de Olaechea, entre ellos unos enormes castaños que sombreaban la subida, no sólo habían sido respetados al restaurar la casa y sus dependencias, sino que habían sido mejoradas con singular cuidado é inteligencia sus condiciones vegetativas.

Por ello dí la enhorabuena á D. Juan y Leandro.

Sentámonos en un banco rústico al pié de un gran castaño, que me dijo Leandro le recordaba el que en los *Capítulos de un libro* había recordado yo con emoción por haber cobijado á mis abuelos cuando iban á dormir en paz en la humilde iglesia de Santa María de Montellano.

—Ya sabe V., me añadió, que estos bienes proceden de los antecesores de mamá, que fueron los que plantaron estos árboles, se sentaron á su sombra y sin duda se regocijaron con las primicias de su fruto. Bastaba esta circunstancia para que nosotros los respetásemos y aún les tuviésemos cariño; pero aún sin esto los hubiésemos conservado y mimado. A muchas personas haría reír lo

(1) *Chatarra* se llama á la escoria de las ferrerías y las fraguas con que se suele engravar los caminos.

que voy á decirle á V., pero á V. de seguro no, porque ya sabemos que V. piensa como nosotros en este punto. No es una sensiblería artificial lo que sentimos de los árboles y de otras muchas cosas los que somos dados al cultivo de la poesía; si entre las gentes rústicas de nuestros queridos valles abundan las que hasta sienten complacencia en desgarrar ó descortezar un arbolillo que empieza á hermohear el campo con su verdura, y á purificar el ambiente con los efluvios aromáticos de su sávia, de sus hojas, de sus flores, de su fruto, ó en herir con el hacha el árbol que durante siglos ha dado hermosura, sombra, salud, aroma, fruta, al lugar en que vegeta, también abundan en estos mismos hermosos valles gentes que sienten y piensan de los árboles lo que nosotros pensamos y sentimos, sin que se pueda decir de ellas, como se dice de las gentes cultas, que aquel sentimiento y aquel modo de pensar son sensiblerías de poetas, que por lo falsas corren parejas con los amores, la discreción y la hermosura pastoriles de las Dorilas y los Nemorosos. Supongo que V., que tanto se complace en recorrer nuestros valles y montañas, y recoger sus tradiciones y anécdotas y memorias populares, conocerá la sencilla pero hermosa y triste tradición del árbol de Aqueche.

—No, no la conozco.

—Pues se la contaré á V., aunque no con los deliciosos y tiernos pormenores con que nos la contaba mamá cuando yo era niño.

Marina era una hija de un pescador de Bermeo que tenía un huerto en los cercanos declives de Albóniga. Un